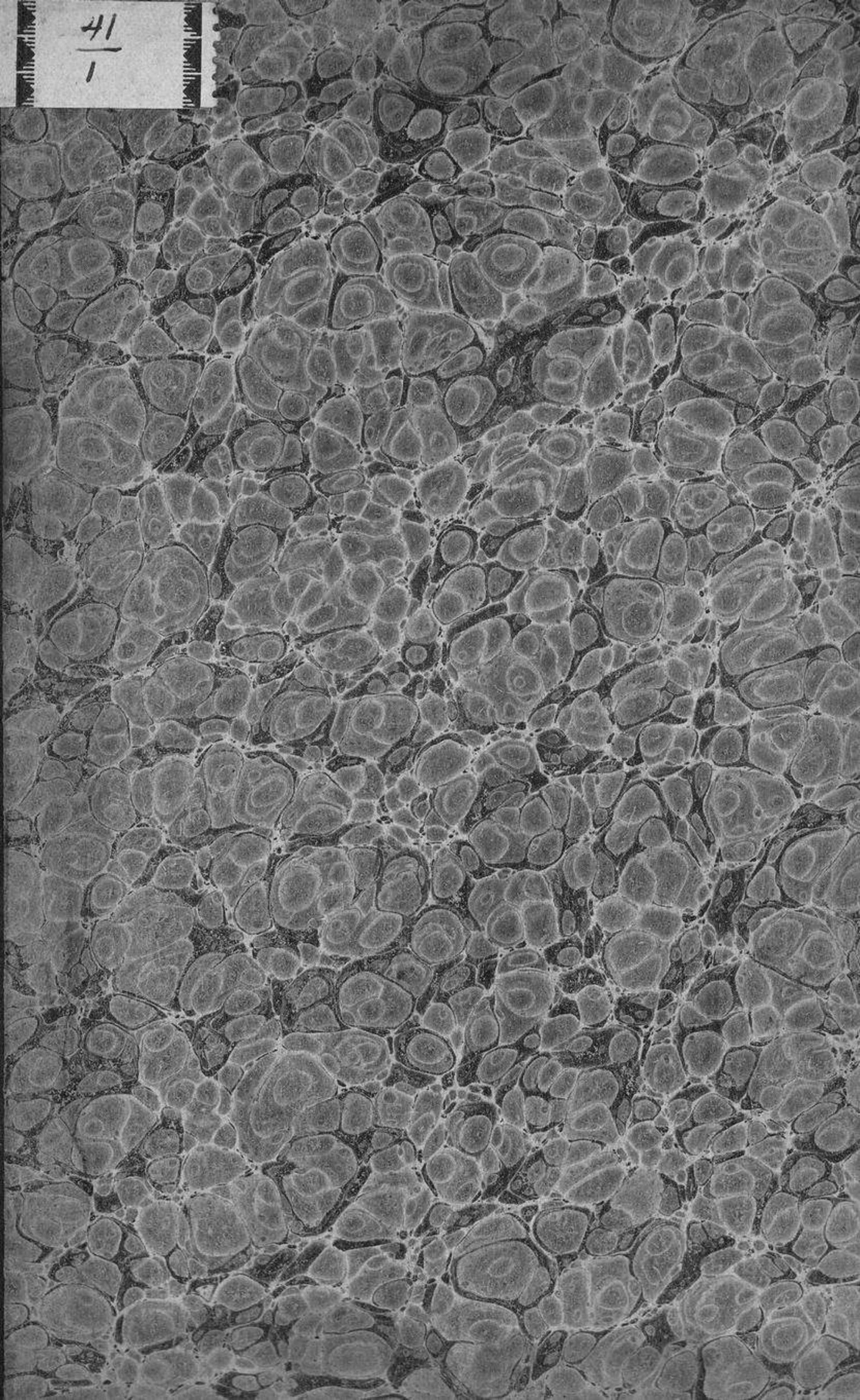


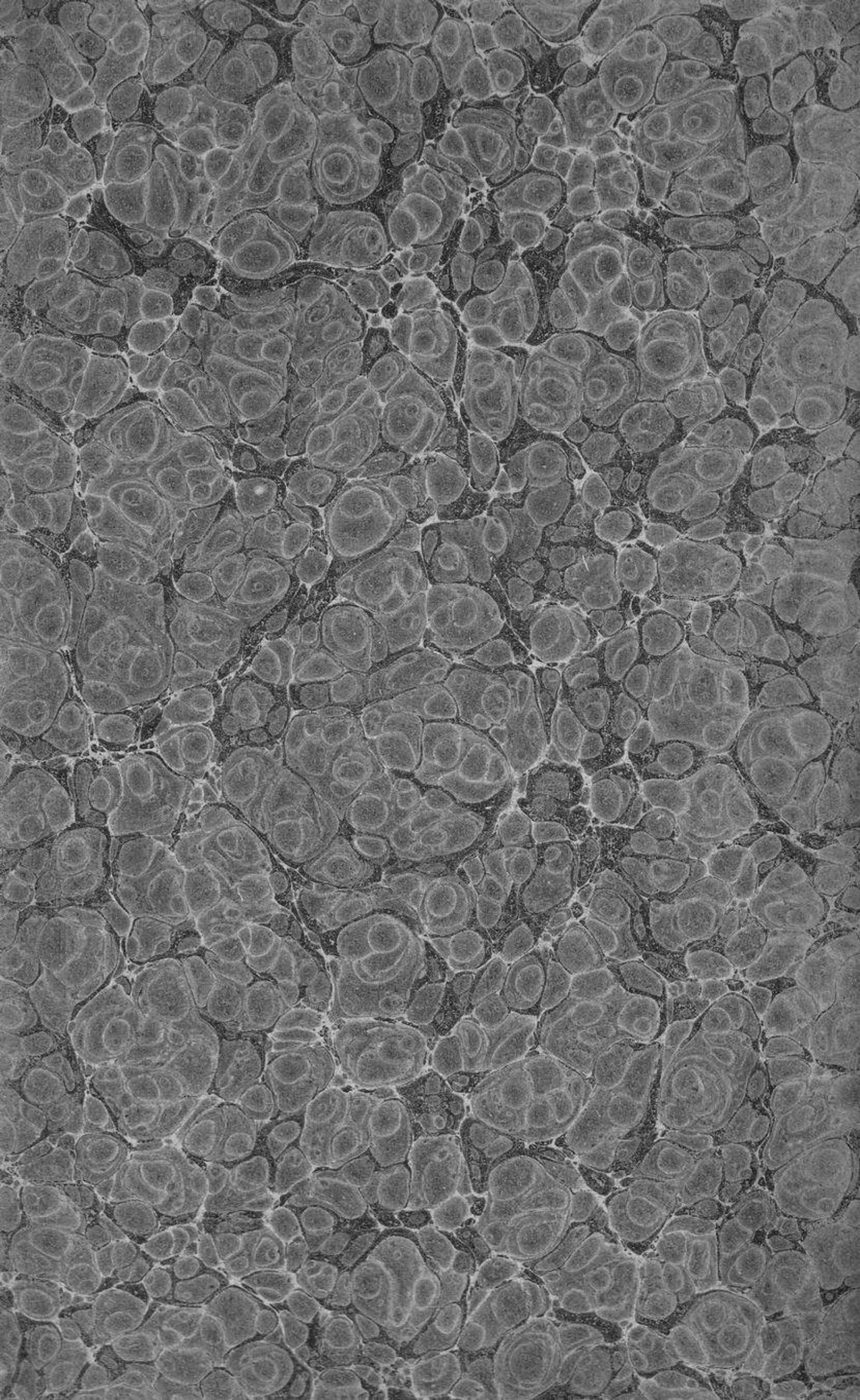
RES

GI

92

41
1

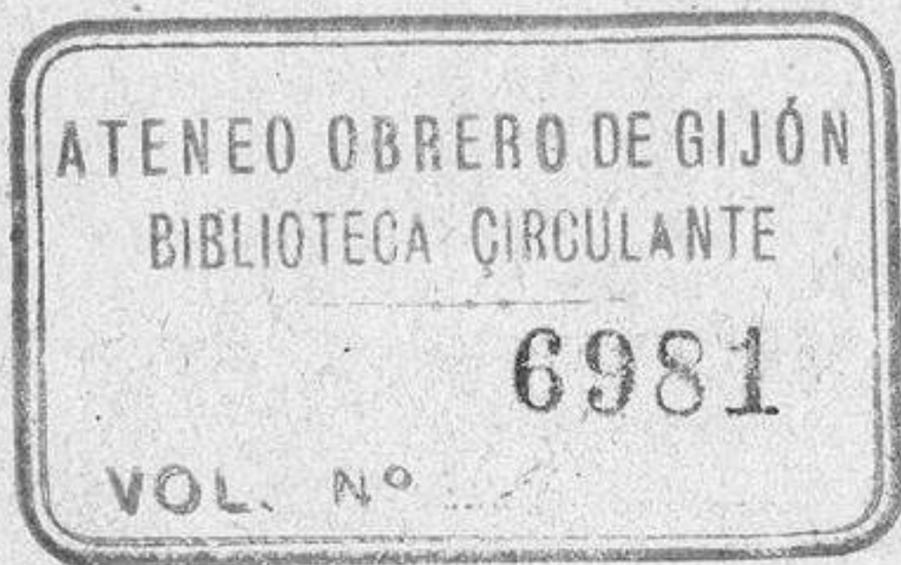




RESG1

92

El Cantor de
 las Cumbres



Obras del Autor

Nueva senda

Zarzuela dramática; música de los maestros Miguel Santonja y José Padilla.

El Cantor de las Cumbres

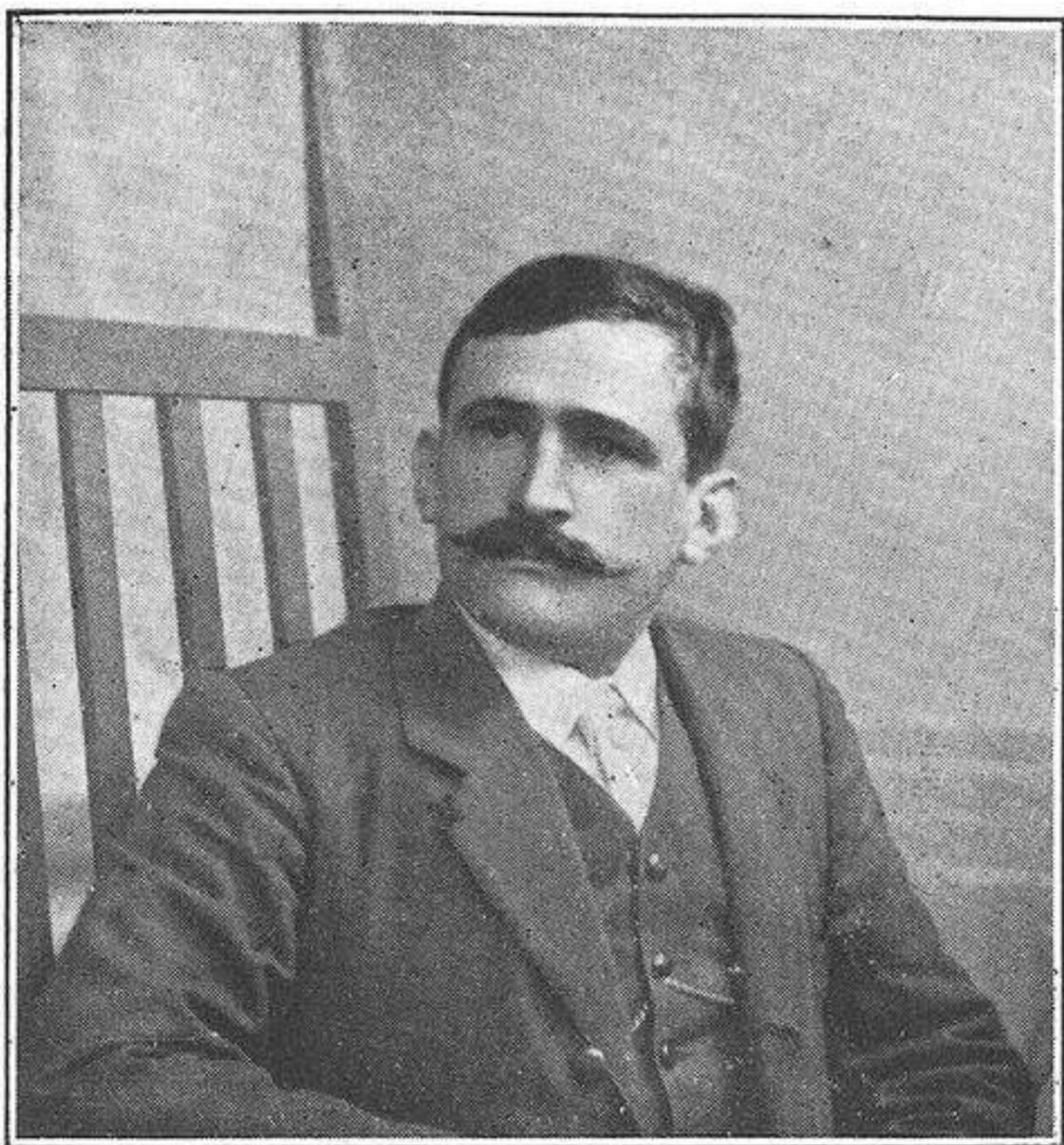
Novela poemática, de costumbres asturianas.

El triunfo de Pierrot

Comedieta cómico-lírica (en colaboración con Dorío de Gádex); música del maestro Vicente Lleó.

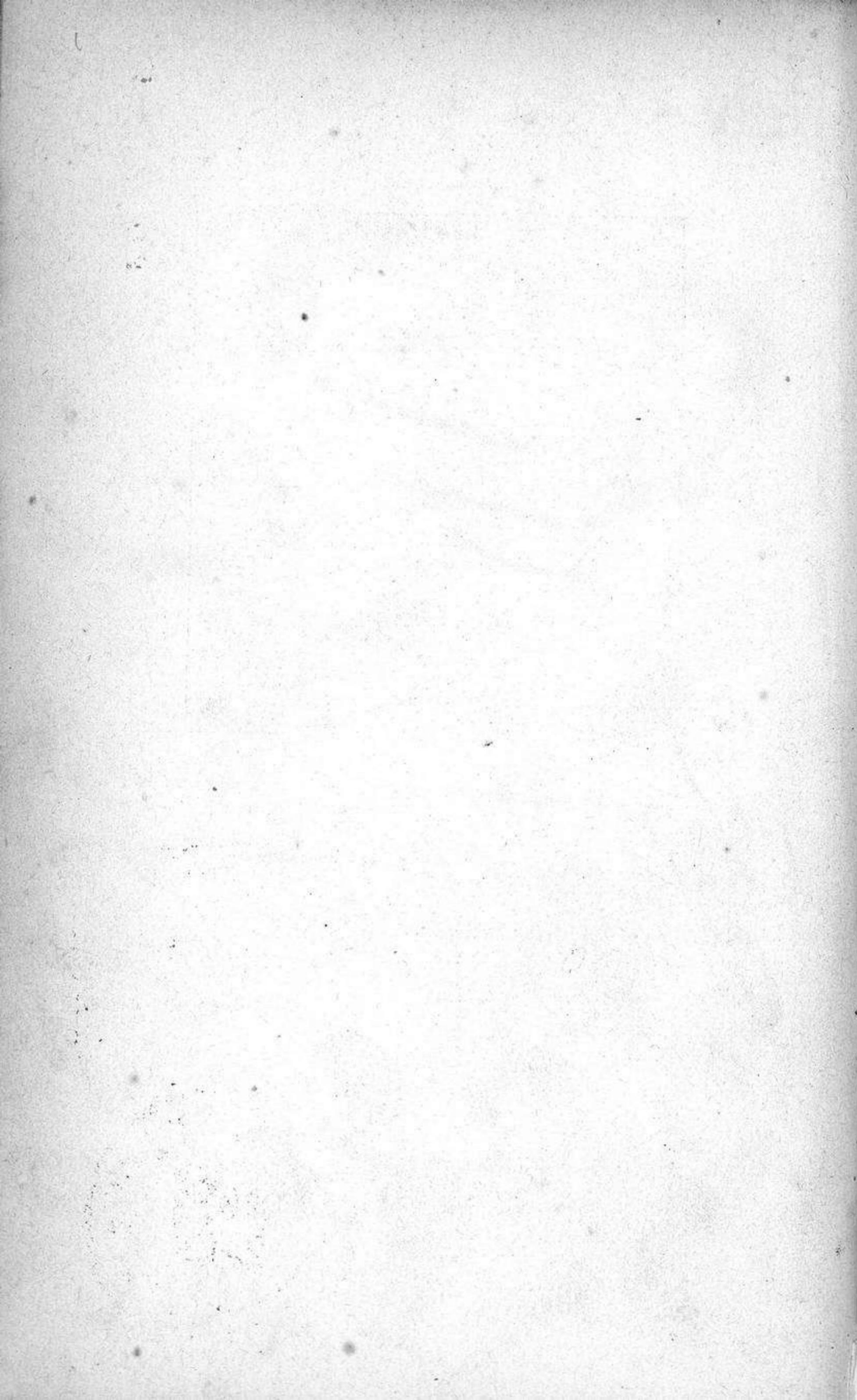
La pluma roja

Opereta



Al gran cyano, D. Baldomero
Rato, con el fervoroso respeto
de su paisano El Autor
Antonio Wava Valdes

Gijón 11 - Agosto - 1910



R. 2.315

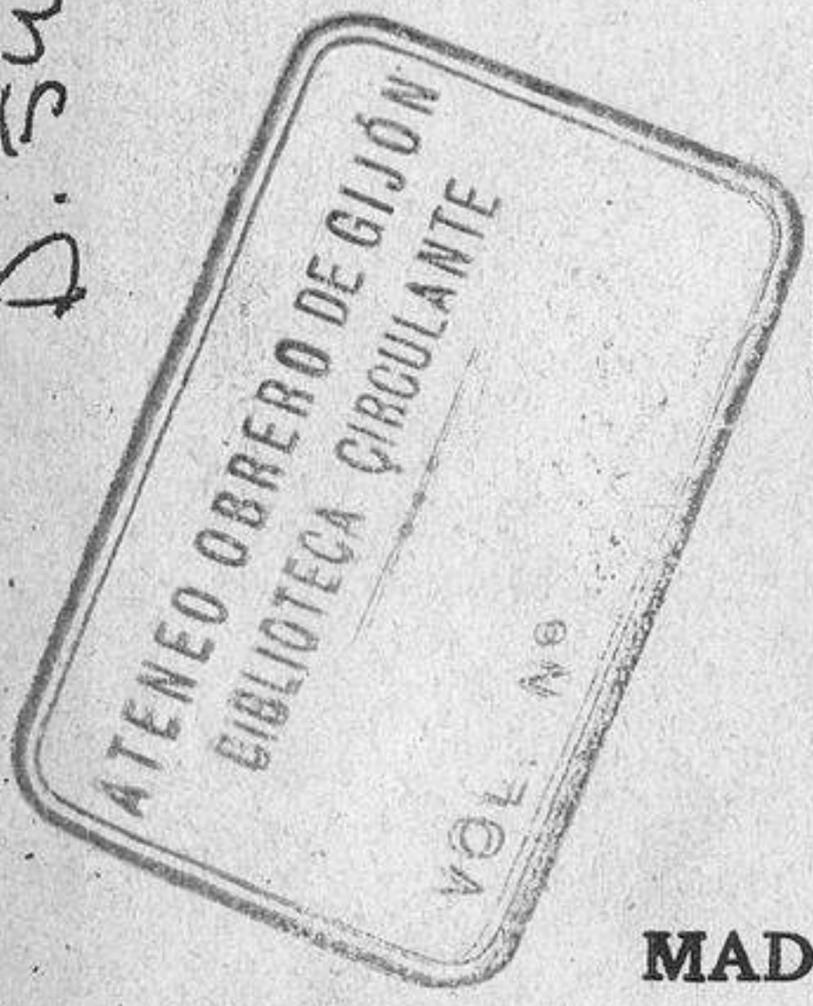
≡ Antonio Nava Valdés ≡

El Cantor de ≡ ≡ las Cumbres

Novela poemática, de costumbres asturianas

== Carta-prólogo de ==
Miguel Ramos Carrión

D. 545872



MADRID 1910



Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Queda hecho el depósito que indica la Ley.

Ofrenda



A Don Rosendo Fernández,

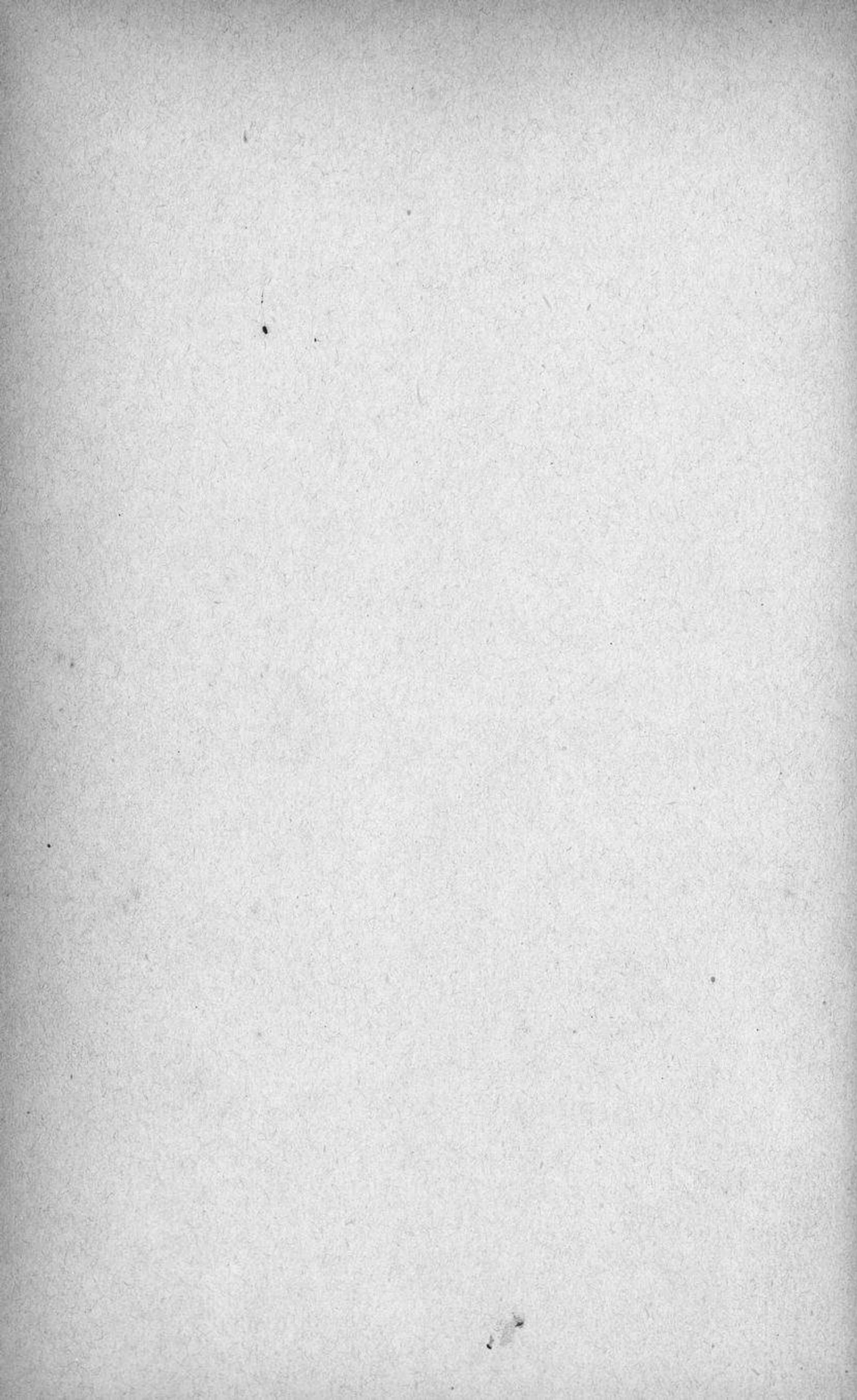
**decidido admirador de las Artes,
como buen asturiano.**

Homenaje de respeto.

El Autor.



Carta-prólogo





Se ruega á los señores socios den cuenta al Bibliotecario de cualquier falta o deterioro que adviertan en las obras, para proceder á su renovación urgente

AMIGO Nava Valdés: Con la misma sinceridad que hablé á usted hace pocos años, cuando me pidió mi opinión sobre un ensayo dramático que había escrito, tengo obligación de decirle el juicio que me merece su novela EL CANTOR DE LAS CUMBRES.

De la primera producción literaria de usted á esta que hoy me trae media un abismo, salvado á fuerza de estudio y de perseverancia, dignos de todo elogio. Aquélla era la prueba fehaciente de una ignorancia absoluta de la gramática y de cuanto se relaciona con las letras.

Ésta peca de lo contrario. Revela un deseo, muchas veces pueril, de demostrar que el autor ha leído sin cesar, apasionándose por palabras que, aun siendo castizas, son, á todas luces, impropias de las personas que las pronuncian.

Esta narración, á la que ha debido usted dar, ante todo y sobre todo, carácter regional, que la prestaría verdadero encanto, la hace usted en estilo altisonante y enfático, acaso para justificar el calificativo, algo inmodesto, de *poemática*, que aplica á la novela.

Todo esto resulta vano y presuntuoso cuando relata el autor, y cuando hablan los personajes impropio y falso

Con el mismo asunto de la obra, que en la novela descubre muchas veces, sobre todo en el último tercio, su origen teatral, podría usted muy bien haber hecho una narración sencilla, natural y conmovedora. Acaso la idea de escribir algo con carácter poemático, es decir, im-

pregnado de noble y excelsa poesía, ha obligado á usted á poetizar demasiado los personajes, que debieran conservar, por la clase popular á que pertenecen, su rústica naturalidad; pero este deseo de usted ha sido una equivocación lamentable. Con mayor realismo en el diálogo se habría logrado impresionar al lector más hondamente.

Lo bueno de la obra es el paisaje, hecho, á trozos, con verdadero acierto. Las figuras, créame usted, son menos afortunadas, sobre todo las principales. De las secundarias; las que tienen carácter vulgar, como Linón, Rosa y el *agüelo*, son lo mejor de la novela, así como las escenas en que ellos más directamente intervienen.

Esta es mi opinión, que podrá ser equivocada, pero sincera. Tal vez le parezca á usted mal la crudeza con que se la digo. Lo hago para que no la publique en su libro, ni dé cuenta de ella á

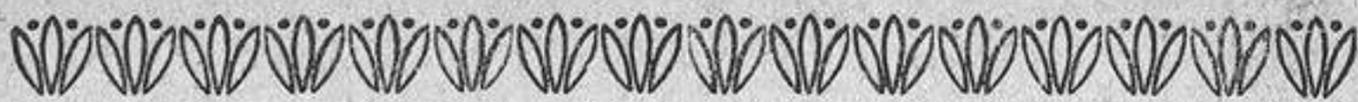
nadie. Guárdela y acaso sirva para que, al traerme otra obra, sea ésta tan buena como puede usted hacerla, y como vivamente desea que usted la haga su afectísimo

Miguel Ramos Carrión

Madrid, Junio-7-1910.

Palabras preliminares





ANTE todo, quiero testimoniar aquí la admiración decidida y el profundo respeto que profeso al muy ilustre D. Miguel Ramos Carrión, autor de la carta-prólogo con que se honra este mi pobre libro.

Hace algunos años — no muchos, porque soy joven — hube de acercarme á él con el nefando propósito de leerle cierto ensayo teatral, del que ni siquiera deseo acordarme. . . Don Miguel, con su característica *bonhômie*, lo escuchó, disimulando, bajo el espeso matorral de sus bigotes, un reir burlón.

Cuando hube terminado la lectura de aquel engendro, sonaron, apocalípticas, en mis oídos estas ó parecidas frases:

— Joven, *eso* que me acaba usted de leer, aunque revela alguna que otra cualidad de hombre de teatro, es sencillamente malo; así como suena, amiguito.

Yo — tengo la seguridad de ello — hice una dolorosa mueca: veníanse al suelo los castillos de naipes fabricados por mi imaginación.

Notólo Don Miguel, y para atenuar, sin duda, el cruel efecto de sus palabras, añadió:

— Trabaje, estudie; y si trabajando y estudiando no consigue usted llevar á feliz término sus hoy insensatos proyectos, dedíquese á otra cualquier tarea, quizá menos honorífica, pero también mucho más fácil. Yo creo, amigo Nava, que hay en usted materia prima; algo que no se adquiere ni se hereda de los padres, que es como una gracia divina... Vamos, quiero decir que tiene usted temperamento.

Escuché aquellas palabras confortadoras, creyéndolas hijas de la piedad.

Sólo algún tiempo después, recordándolas en un momento decisivo, creí en la veracidad de ellas. Este momento fué en Febrero de 1908. Un *rotativo* de Madrid, para estimular á la juventud literaria, abrió un concurso de comedias; mientras leía las bases del referido certamen, en mi cerebro germinaba el loco deseo de conquistar los aplausos del público con una producción hija de mi ingenio.

Momentos después, yo, ante un puñado de cuartillas, farfullaba un argumento. Al otro día daba principio á la construcción de una comedia; comedia que llevé á dicho concurso y que no fué premiada. No me desalentó tal fracaso; al contrario; desde aquel momento, pasando *los días de claro en claro*, y *las noches de turbio en turbio*, me dediqué á planear cuantas obras ideaba mi imaginación.

De aquella época — tan próxima y tan lejana al mismo tiempo — recuerdo confusamente que si no gané dinero ni lauros, por lo menos pude lograr cierta cultura.

Esta cultura, somera todavía, me ayudó á escribir mi primera obra estrenada, la zarzuela dramática *Nueva senda*, que obtuvo un feliz éxito el 8 de Octubre del pasado año.

Como ningún padre puede hablar sin apasionamiento de sus hijos, voy á reproducir un fragmento del juicio que, al crítico del periódico *El Mundo*, mereció dicha obra:

En la sección tercera se estrenó en el teatro Barbieri la zarzuela dramática en un acto y tres cuadros, *Nueva senda*, original de D. Antonio Nava Valdés, con música de los maestros D. José Padilla y D. Miguel Santonja.

Muy humano el cuento, y bastante bien desarrollado, cautiva al público desde las primeras escenas, sin otro defecto que el pequeño molde á que se tiene que sujetar el autor, pues hay asun-

to lo menos para dos actos; de aquí que algunas escenas resulten materialmente apretadas y el desenlace se haga con cierta aglomeración de personas en la escena, lo que quita alguna realidad á la obra.

Pero como quiera que esto, en parte, no le resta mérito, por la concisión forzosa de todas las que constan de un solo acto, así lo consignamos, y no lo tome el Sr. Nava como censura, sino como verdadero elogio.

.....

* * *

Voy á terminar. Comprendo que habré molestado con estas pueriles intimidades á mis lectores; pero sírvame de disculpa el deseo de interesaros en favor de mi porvenir artístico, única hacienda que poseo. Este porvenir se me presenta muy halagüeño. Juzgad: Vicente Lleó, el popular é inspirado maestro, pone la música á *El triunfo de Pierrot*, comedieta cómica, en la que ha colaborado un no-

velista joven y de gran mérito: Dorio de Gádex. Esta obra se estrenará en Eslava en la próxima temporada.

Y para Apolo tengo una opereta de gran espectáculo que titulo *La pluma roja*, donde la vida fastuosa de la Florencia de los Médicis y la Venecia del Tiepolo redivive triunfal.

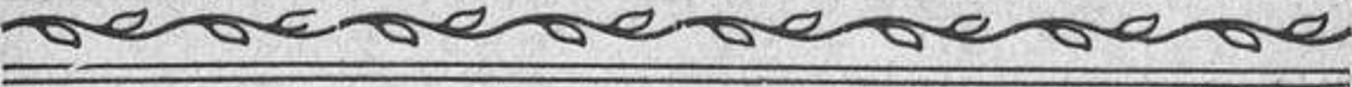
* * *

En la presente obra EL CANTOR DE LAS CUMBRES hay una muestra de lo que soy. El juicio que de ella hace mi eximio prologuista me inhibe de toda auto-crítica. ¿Verdad?

Antonio Nava Valdés

Página inicial





Bajo la ancha campana de la cocina, el abuelo — un viejo curtido por los años y los azares — cuenta á sus hijos y nietos cierto relato bucólico, en el que revive su vida de égloga aquella tan dulce Asturias de antes que la profanaran los caminos de hierro y la desgarradora explotación de las minas. . .

Escuchadla vosotros también, amigos lectores. Quizá os divierta; es buena, es cándida: por eso entraña el alma de nuestra tierra.





Jornada primera





I

POR Oriente, Febo, el rubicundo y ardoroso Febo, que en esta mimosa tierra de Asturias no es ni lo uno ni lo otro, levántase con languidez. Dora levemente la cresta de un montículo, enciende el rojo tejado de un hórreo, acusa los rígidos contornos de las peñas, arranca chispazos á la linfa argírica de los regatos, despierta á unos pajarines y hace cantar á los altaneros gallos. Por un sendero baja, rauda, la hojarasca seca á impulsos de la ventolina mañanera, y el Sol, piadoso, al verlas tan feas y tan pobres, las viste de oro vivo—un oro magnífico, digno de engarzar gemas espléndidas. . .

Los moradores de la hacienda de Tel-

vina duermen aún; sólo un mirlo, encerrado en los mimbres de su jaula, silba bur-lón. En el gallinero, á poco, le responden los mayestáticos kikirikís de los gallos, que parecen reclamar el diario asueto, y también decir su enojo por el retardo de Quino en hacerlo. Tan violentos son estos cánticos, que creeríanse agudas clarinadas; son nítidos, bruscos, como aceros desnudos, bruñidos por la luz solar. . . Entre estas bizarras manifestaciones de los machos, las gallinas, ahuecando el plumaje, co-clean torpes. De lo alto del hórreo llega, ensordecido, el reclamo de las palomas. Gruñen en sus cubiles los pantagruélicos y rozagantes cerdos. Muge el jato demandando la ubre maternal. En su caseta desperézase y bosteza el mastín, ladrando después; y en la cuadra rebuzna con vigor un asno.

Todos estos ruidos forman la overtura de la virgiliana sinfonía del cotidiano vivir campesino.

Vidasol está en la falda de una montaña, y la *quintana* á que pertenece la hacienda de Telvina es la más próxima á ella.

La corralada hállase constituída por un caserón amplísimo, que tiene á su vera las cuadras, y, frontero, el hórreo. Todo esto lo cerca un paredón de rústica piedra, que el tiempo se encargó de vestir de suave y siempre verde yedra. Un portón de madera toscamente labrada le sirve de acceso; y, en la parte opuesta, una portilla conduce al huerto.

Detrás de la hacienda baja un camino, cortado por humilde regato, que los castaños bordean hasta la cima, y cuyos bardales decoran y perfuman esas hierbas sencillas que se crían al acaso.

Por fin, Quino, desperezándose, aparece en el umbral de la puerta. Es un viejo achaparrado; su aspecto indica un largo vivir laborioso—de fámulo. Ha visto nacer á sus dos amas: á la madre y á la hija; y, sin embargo, para ambas es el mozo de la casa. ¡Mozo con nieve en el pelo, arrugas en el rostro y alifafes en todo el organismo!

Restriégase los ojos con los puños y murmura:

— Ya vino por sí mismo el día. Él no me ahorra el descanso; y, á pesar de ello, le saludo como á mi mejor amigo: me devuelve el deseo de que llegue la noche para descansar.

Desperézase nuevamente y escupe con violencia.

— Y yo, entre el trabajo y el descanso, me quedo con éste — añade.

Un anhelante bramido del jato acaba de espantar su senil flojera; entonces se dirige hacia el establo, diciendo:

— ¡Demonio de *xatín*! ¡Es peor que un rapaz! ¡Pobre vaca parda; buena va á ponerte!

Entra en la cuadra y cumple los deseos del ternerillo, que, ansioso, aprisiona una ubre de su madre — la vaca parda —, robusto animal, capaz de nutrir con su leche á todo un pueblo. El viejo retorna á la corralada, y allí le sorprende la más espantable algarabía zoológica. Sonriendo, da libertad á cuantos animales viven en la hacienda.

Esfollador, que así se llama el mastín, al ser desencadenado, lame con gratitud las curtidas manazas de Quino.

— Gracias, *Esfollador*. Tú eres tan agradecido como valeroso. De lo primero doy fe; de lo segundo se hacen lenguas todos los pastores. Cuando subes á las cumbres, los lobos, para no llevar señales de tus dientes, se pierden por las quebradas.

Con cariño azota la cabeza del ani-

mal, que, agitando su cola, parte veloz hacia la huerta. El viejo míralo correr con envidia, á la vez que extrae de su faja una hoja de maíz y la sucia petaca. Auxiliado por la navaja boronera desfibra la hoja, vaciando en ella después una gran porción de negruzca picadura «virginia», construyendo, parsimonioso, un enorme cigarro lleno de anfractuosidades.

Filosofa á su manera antes de encenderlo.

— ¡Dichosos los animales! Ellos viven sin cuidados, yantando y durmiendo donde pueden. Son, en verdad, dignos de envidia.

Prende fuego al cigarro, y tras lanzar varias espesas humadas, continúa su discurso:

— Si las personas fuéramos iguales no habría tanta maldad en este mundo. Es seguro. No habría un Aurelio capaz de violentar el corazón de una moza. Eso de creer que con dinero se merca el ca-

riño es cosa del diablo. Telvina no le quiere ni le querrá. Yo bien me sé por quién ella suspira.

En esto, Rosa, cruzado un pañuelo de hierbas sobre el busto, y con las mangas del corpiño levantadas hasta el codo, sale corriendo de la casa; detrás suya viene Linón, pastor de la hacienda. Es un mocete fornido, tan bueno como bruto. Hállase enamoricado de Rosa, sin conseguir que ésta le haga el menor caso.

Rosa se detiene en su carrera, y, enérgica, advierte á su galán:

— Linón, no me vengas con arrumacos.

Éste suspende su asedio y responde:

— ¡Será tontina! ¿Cómo han de hacerse el amor los que sólo se ven cada semana?

Interviene, zumbón, Quino:

— ¡Puño! Con honda. Cuando estés en el picote de los cuervos mira á esa ventana, que allí estará Rosa esperando que le alegres su corazón entristecido.

Ingenua, Rosa se admira:

— ¿Desde tan lejos?

Sorprendido por la notoria contradicción que se desprende entre el decir de la moza y su conducta, pregunta Quino:

— Si lo quieres más cerca, ¿á qué corres de él?, ¡puño!

Con singular franqueza contesta Rosa:

— Porque me estorba el sosiego.

El viejo, evocando los jocundos años juveniles, durante los cuales fué el Don Juan de diez *quintanas*, dirigiéndose á Linón y á Rosa les dice con socarronería:

— El sosiego de las golondrinas que viven en el alero de tu cuarto. Mocetes, vaya unas historias más tontunas que usáis para quereros.

Con los brazos puestos uno sobre

otro, muy abierto de piernas, los ojos interrogativos, Linón cuenta su caso:

— Pues estas son las historias como comienzan los mis querereres. Ayer, en la fuente, cuando ayudéla á traer las *herradas*, díjome que no hablaría más con Pin. Por eso insisto yo.

Quino sonríe y búrlase así del mozo:

— Pues si se queda con él y no se queda contigo, ¡cójele el rabo á *Esfollador*, anda!

Rosa, que es harto guasona, exclama:

— ¡Pero si éste corteja á las mozas como el que come cerezas sin tragar el hueso!

Dando una fuerte chupada á su tosco cigarro, el viejo, acercándose al gañán, adviértele confidencial:

— ¿Lo estás viendo? No hay que reparar en nada; con éstas así, se pasa hasta el hueso.

Con candidez, asegura Linón:

— Y así me lo enseña Frasio, el can-

tor más acreditado según el decir de las mozas.

— Bien puedes asegurarlo, mocete.

— Con la flauta hace primores;—quien esto asevera es Rosa, mientras recoge de junto al hórreo una carga de leña, que se echa en el delantal.

— Ése sí que os conoce. Lo mismo que hace con su vacada, hace con las mujeres: su flauta las lleva y las trae.

— Él hace cosas que nadie sueña. ¿No has oído sus cánticos? Son más que guapos.

La moza se queda mirándoles, y afirma:

— Pues tan lindas tonadas como él hácelas mi ama Telvina.

El viejo conmuévase al escucharla: Telvina es para su ánima objeto del más profundo culto; quiérela con ese amor abnegado propio tan sólo de los abuelos. Grave y confidencial, historia ante los dos rústicos la infancia de su *neña*:

— Crióse con Frasio. Mejor dicho,

Frasio crióse con Telvina. Cuando á ese pastor lo encontraron abandonado en el arroyo de las tórtolas, la madre de Telva hizose cargo del *probin*, y los dos, como hermanos, comieron del mismo pan. De zagaletes subían á las cabañas y allí reñían por cuál de los dos apacentaba mejor la vacada.

Salta entonces la moza:

— Aun no perdió esa afición. No deja mañana sin subir al monte.

Trémula la voz, enlagrimadas las pupilas, murmura Quino:

— ¡Y pensar que mañana sea su boda!

— El dinero lo puede todo — clama Rosa —. ¡El *diaño* lo lleve!

— Á Aurelio le sobrarán metales; pero jamás podrá comprar con ellos el corazón de Telva. Ese sólo podría ser comprado con los cánticos de Frasio.

— No opina así su madre.

— Pues equivocada está. En la últi-

ma noche de San Juan sorprendióles la aurora cantando juntos.

Linón, estremecido de gusto, interroga á Rosa:

— *¿Atrévete* tú á que la primera noche de San Juan nos coja el día bajo un castaño diciéndote yo: «mi alma, te quiero»? Hasta los pájaros habían de alborozarse.

— Buen pájaro estás tú. Déjate de *palabrines*, y anda á preparar los morrales, que ya el sol calienta bastante.

Y diligente, Rosa sepárase de Quino y Linón, entrando en la casa.

Linón quédase mirándola, embobado, y cuando la moza desaparece en el interior, consulta al viejo:

— Diga, *agüelo*: *¿quedráme* Rosa?

Ladino, responde el viejo:

— Puede que no, ó puede que sí. Es una *cosadiella*. Ahora que la solución te la dé un Pin. . . cualquiera.

— De buena gana le pagaba yo por *sabelo*.

Y el mozo se aplica á recoger los morrales, esparcidos por todos los ámbitos de la corralada, y una vez cumplido tal deber, introdúcese en la casa.

Quino exclama con miserativamente:

— ¡Puño, entonces sí que serías más borrego de lo que te supongo!

Y se marcha tras Linón, dando la última chupada á su cigarro.





II

QUEDA un momento solitaria la corralada. El sol la dora tenuemente, prestando al aire esa tibieza de los senos mujeriles cuando son jóvenes. Sobre una higuera, grande y ubérrima, que hay cercana á la portilla del huerto, varios pájaros endechan sus amores. Viene, de lejos, el agrio chirriar de una carreta, amalgamado con la voz del gañán, que canta esta tonada:

Tempranito, á la mañana,
bajo desde el monte al llano,
por ver si la en tu *quintana*
hay un mozo más ufano;
más ufano de quererte

y de cumplir sus promesas,
que agua clara da la fuente
á beber á las princesas.

Santa María,
de las mozas del Concejo,
la más guapa *ye* la mía.

Aun no se han diluído en la fragancia matinal las últimas notas del estribillo, cuando Telvina sale de la casa. Lleva sobre sus brazos una linda cordera de rizados vellones y acaríciala con su diestra, blanca y pulida.

Telvina aun no ha cumplido diez y ocho años. Es blanca como una azucena; su cabellera es de un oro tan pálido que se asemeja al lino, y sus ojos diríanse dos esmeraldas. Su modo de ser, sencillo y bueno, casi cándido, rima maravillosamente con el medio rústico donde la trama de sus días se ha desarrollado. El alma de ella anégase en un amor poderoso, sin límites, hacia cuanto Dios creó.

Ella, como Francisco de Asís, quiere por igual al bullicioso regato que á la monda piedrezuela; al pájaro cantarino que á la dañina víbora; al lobo fiero que á la dulce oveja. . . Es el suyo un panteísmo inconsciente, pero fortísimo.

Lleva con singular donosura el traje, bellamente pintoresco, de las aldeanas astures, dueñas de pingüe hacienda.

Telvina encamínase hacia la portillera, haciendo saltar hacia la parte del prado á su corderilla.

Serena y dulce, entona el siguiente cántico, mientras que la luz azul de sus ojos bñase en la contemplación de la madre Naturaleza:

Son mis pensamientos
de dichas sin cuento;
amores sin nubes,
de glorias sin celos.
Soy cual corderilla,
que en dulce embeleso,

camina entre mirtos,
buscando el sustento
de dulces memorias,
de flores y besos:
son dulces endechas
de amores sinceros.
Yo vivo en deseos
de cantos de idilio,
bajados del cielo.
Esta es mi esperanza,
ese es mi consuelo.

Sorpréndela en tan beata expansión Demetria, su madre. Ésta pasa ya de los cuarenta. Es viuda, y sólo vive para su hija, sacrificándose por ella; sin embargo, como es una mujer práctica, muy apegada á lo terreno, creyendo que la felicidad y el amor puede facilitarse con las riquezas, sin comprender lo profundo del error, va á casarla con Aurelio, el más rico hacendado del Concejo.

Demetria conserva restos de una belleza que recuerda la de aquellas robustas

campesinas holandesas, inmortalizadas por el pincel realista de Teniers.

Viva la mirada y el gesto, regaña dulcemente á Telva, de esta guisa:

— ¡Pero, Telvina, los atavíos de la boda por arreglar y tú ahí canturreando!

Telvina se le aproxima, disculpándose cariñosa:

— Mi madre, vine á dejar pastando á la mi cordera.

Contesta Demetria:

— Pero es que no tardarán en venir los vecinos á traer sus presentes.

— ¿Bajarán hoy los pastores?

— Algunos.

— Mañana quisiera verlos á todos.

— Y los verás. Ellos han de alegrarse también de tu dicha.

— ¡Mi dicha! Más dichosa que era y soy no podré serlo jamás.

— Aurelio te hará feliz.

— Su pasión frenética me asusta. Mírame con la misma ansia que el milano

acecha á su presa. Háblame de una manera que yo no entiendo..., que no quiero entender.

— Es que aun eres muy *neña*.

— Pero entiendo siempre á Frasio.

— Frasio es para ti el amigo de tu niñez. Además, es tu servidor.

— No, no. Es mi compañero; es más, es. . . ¡Vamos, que no *sélo* explicar!

— Aurelio, con su cariño, te hará echar en olvido esas tontunas de la infancia.

— ¿Y me hará olvidar á Frasio?

— Claro que sí. El amor de Aurelio será el del marido, y el que tú le tienes á Frasio es propio de hermanos.

— ¡Si él supiera cantar como canta mi pastor! . . .

— También él te cantará, mi hija. Créeme. ¿Te voy á engañar yo?

Fuera de la corralada óyese en esto la voz de Aurelio, que viene cantando:

Voy á ver á mi pastora
y con ella á recrearme,
porque mañana ha de darme
lo que su cuerpo atesora.

Demetria, al oírle, toda gozosa, sin fijarse en el mohín de disgusto que hace Telva, exclama:

— ¡Escucha! ¿Ves cómo él también canta? Dícete amores. Espéralo, y alégrate como tu madre.

Y besando á su hija, entra en la casa.

Aurelio entra por el portón cantando:

Voy á ver á mi pastora...

Al ver á Telva, se para bruscamente y hace con rapidez esta transición radical en su cántiga:

... la reina de mis amores,
ideal como la aurora
y hermosa como las flores.

Ruborosa, trémula, intencionadamente,
Telvina canta esta otra, sin mirar si-
quiera adonde está su cortejo:

El sol da vida al clavel,
al jazmín y la azucena,
y á la sombra del vergel,
nace el reptil que envenena.

El novio, que la profesa ese grosero amor de los sentidos, se aproxima deseoso. Es un hombrón atlético, que sólo piensa en la sidra y en las *favadas*, en danzar con las mozas y en el juego de bolos. Su carácter áspero hace que le odien todos los vecinos de Vidasol. Es el único que rompe la armonía de aquel divino rincón, donde hasta los gañanes son poetas.

Estrechando entre sus brazos el cuerpo de la doncella, la dice groseramente:

— Hola, Telvina. También yo madrugo; mira si te quiero. Deseando estoy sea mañana para tenerte entre mis brazos.

En esto, por el blanco y serpeante caminito que conduce hasta las cumbres, Frasio, el vaquero homérico, entona con voz apasionada este canto:

Cabe de un haya frondosa
duerme y sueña mi pastora;
su sueño color de rosa,
envidia le da á la aurora.

Sueña en alegres historias
y amorosas fantasías,
porque ve crecer sus glorias
y con sus glorias, las mías.

Al oirlo Telva, grave de rubor, libérase de los brazos de Aurelio y se abalanza hacia la portillera, diciendo:

— ¡Ah, esa canción me conmueve!

El mozo, lívido por la rabia, exclama para sí:

— Ya te daré yo cánticos cuando seas mía.

Detrás de la portillera, Frasio, dejando de tañer su flauta, dialoga con Telva.

Frasio es un pastor de arrogante presencia. Vive en las cumbres con su vacada. Sabe componer bellas cántigas, que son el deleite de las mozas y mozos del concejo, pues las dota de un valor emocional enorme, subyugador. Sus sentimientos son nobles: de poeta. Viene á ser un rapsoda, como aquellos que popularizaron los cantos de Homero por los valles de la antigua y siempre prestigiosa Hélade.

Tras él viene Pin, su compañero. Éste es un mozo pícaro, pero noblote. Es alegre como un pajarillo. Ama sobre todas las cosas del mundo la libertad, que para su ánima sencilla sólo significa poder co-

rretear por los riscos y quebradas, decir tontunas á las mozas y oír embelesado á Frasio, á quien ama. Visten ambos de *vaqueiros*.

— ¡Frasio!

— ¡Telvina!

 Mi vacada está acarrar,
 mientras yo te bajo á ver;
 tu placer es mi cantar;
 tu alegría mi placer.

— ¡Tan alegre como siempre!

— Más que nunca, Telvina. Desde lo alto de la ladera vi en un arroyuelo beber á dos golondrinas. Su piar era tan expresivo, que interrumpió el amoroso coloquio que dos pastores sostenían á la sombra de un zarzal. Yo vengo, como las golondrinas, á interrumpir el coloquio tuyo.

Interrumpe Pin:

— Di más bien que venimos porque hoy se hará aquí baile.

Colérico, porque presente en Frasio un rival, Aurelio prorrumpe:

— Sí que habrá holgorio; pero no ha de aumentar la alegría vuestra presencia.

Á tan brusca é insólita salida, Frasio contesta:

— Injusto me parece no disfrutásemos nosotros de esa alegría.

Telvina, con dignidad, le responde justiciera:

— Mis fiestas procuro siempre que sean las de todos.

Y con un candor lleno de gracia, interroga á los pastores:

— ¿Qué regalo me prepararéis para mañana?

Respóndele Frasio:

— Aun las flores no han abierto sus capullos. Sólo las violetas se multiplican. De éstas recogeremos para ofrendar tu belleza.

— Frasio, esas son mis flores favoritas. ¿Te acuerdas cuando corríamos bus-

cándolas por las laderas de estos montes, bebíamos en los riachuelos y descubríamos los nidos de los pajarillos?

— ¿Y cuando á la sombra de las encinas te sentabas sobre mis rodillas y al son de mi flauta entonábamos aquellos dulces cantos?

— ¡Con ellos atraíamos á los pastores!

— ¡Oh! ¡Qué gratos recuerdos!

Dura la voz, Aurelio interviene despótico:

— ¿Á qué traer á cuento esas tonterías?

Pin, indicando á la casa, advierte:

— Ya está aquí el ama.

Aurelio pasea por la corralada, hacia la vera del hórreo, retratando en su rostro un gran encono. Al acercársele De-

metria, él, no pudiendo contenerse, la recrimina:

— Demetria, regañe usted á Telva, que aún no se ha dado cuenta de que es víspera de nuestra boda.

La buena mujer, no sospechando el origen de aquel enfado, disculpa así á su hija:

— Si estando Frasio, no se acuerda de nada. ¡Como que la entretiene con sus cántigas!

— Telvina debe de ir olvidando esas expansiones, para que ponga mayor atención en los quehaceres del hogar.

Telva refúgiase en los brazos de su madre, y dice acongojada:

— Pero ¿me vais á encadenar tan pronto?

Conmiserativa su madre, aplácala:

— No es eso, mi Telva; es que hay que poner más seriedad en las cosas. Ven conmigo, y verás cómo te acostumbras á ser mujer trabajadora.

Y con ella del brazo, vase por la casa.

Aurelio sigue á Telvina; al llegar á la puerta, se vuelve, y decidido, reta á Frasio:

— Ve olvidándote de esa moza. Ella, Frasio, es para mí.

Y penetra en el portal.

Con cómico enfado, Pin dice á su compañero:

— Ya lo ves, Frasio. Es para él.

Frasio, condolido, murmura:

— Lástima de lirio.

Y señalando á su flauta, prosigue:

— Cuando este instrumento suena, dicen que hace notas melodiosas. De él salen, sin que pida voluntad á nadie. Quizás Telva guarda para mí su voluntad.

Con practicismo rústico, Pin quiere disuadir de tal empresa á su cofrade:

— Lo mejor será que vayas olvidándola.

Frasio se subleva al escucharle.

— ¡Olvidarla! ¿Ignoras que Aurelio no lleva la persuasión á su alma?

Pin le pregunta con burla:

— ¿Y tú sí?

— Completamente. Él pone para lograrla su dinero y lo brutal de su instinto. Eso no convence á Telvina. Esa delicada flor no adornará el hogar de Aurelio.

— ¿Qué te propones entonces?

— Hacerle ver que mi cariño es muy diferente al suyo. Así la fortuna me permita demostrárselo.

— Quiéralo el cielo. Si Aurelio llega á ser nuestro amo, dura nos hará la servidumbre.

Dentro del zaguán de la casa suenan las voces de Rosa y Linón.

— Que no, y que no, ¡ea! . . . No quiero noviazgos . . .

Esto lo dice airada la moza, que aparece huyendo de Linón.

Al ver á Pin, cambia de tono, y le saluda gozosa.

— ¡Pin! . . . ¡Pin! . . .

Vase hacia él, y se le echa encima, inconscientemente deseosa. Pin, apretujándola entre sus brazos, algo excitado, dícela:

— ¡Mi Rosina! ¡Mi Rosina!

Linón, pasmado, estupefacto, cerca del portal de la casa, quédase mirándolos con envidia, y dice:

— ¡Pues sí que no quiere noviazgos! ¡Borríco de mí!

Rosa, sin querer reparar en la furia de Linón, mirando á su Pin, dícele la-gotera:

— Desde que amaneció te esperaba. Ya sabía yo que no faltarías.

— Antes el pan en la boda.

Al contemplarlos tan acaramelados, el corazón de Frasio brinca jubiloso.

— Qué dichosos son — piensa — . Ellos pueden amarse con libertad, sin que el propio rival sea enemigo. . . ¡¡Se aman los tres: los dos á ella, y ella á los dos!! . . .

Rosa, en esto, advierte á los pastores:

— Bueno; entráis en casa, que ya está preparada la *parva* (1).

Y muy junto á Pin, casi abrazada á él, Rosa encamínase hacia el casal.

Linón se tira de los pelos al verlos pasar, y desesperado, soliloquia:

— Esto será una *cosadiella*, como me aseguró Quino; pero la solución bien clara la veo. . . bien.

Y principia á darse, con singular fu-

(1) *Parva* se llama, en algunos pueblos de Asturias, al desayuno que toman los aldeanos antes de salir al campo.

ria, de cachetes, hasta que su rostro se le pone grana.

— ¡Toma! ¡Toma! Y más merecías, ¡puño! —, y vase hacia el establo.

Frasio, al verlo, sonríe piadoso, y en vez de entrarse en la casa dirígese hacia la portillera, y allí queda mirando, embebecido, cómo el sol dora las cumbres.

Una mano se pone brusca en su hombro. Vuélvese airado y se halla ante Aurelio. Los ojos de éste llamean fieros.

Entre los dos se entabla, áspero y bravío, este diálogo:

— Ganas tenía, Frasio, de cogerte á solas.

— Pues puedes hablar recio ó flojo, como mejor te acomode.

— Tú ya sabes que mañana me caso con Telva.

— *Sélo*, y muy feliz quisiera que hicierasla.

— Esa moza, que nunca dió cara á nadie, será para mí. Y lo será porque yo lo quiero.

— Mucho es de admirar tu poder.

— ¿Me envidias?

— Sí, por cierto.

— ¿Tú también la quieres?

— Como quiero á esas cumbres que fueron testigos de nuestros primeros pasos.

— Pues espero no sigas queriéndola así ni de ninguna manera. ¿Entiendes?

— Ponte en el barranco á detener el torrente, y cuando lo hayas conseguido, entonces júrote te he de obedecer.

— Te lo mando como amo.

— Todavía no lo eres.

— Entonces como hombre.

— Cuando estalla una fuerte tempestad, las florecillas silvestres quedan abatidas; luego, al brillar el sol, renacen más esplendorosas que nunca.

— Déjate de retóricas, Frasio. Es necesario que no vuelvas á acordarte de que existe Telva.

— Para eso antes tendría que dejar de existir yo.

— Pues mira, Frasio, que mi enojo podría acarrearle graves males.

— Cuando se pretende matar al corazón, todos los males que vienen detrás son pequeños.

— Tú eres un necio que estás provocando mi ira, y . . .

Uniendo la acción á la palabra, el puño de Aurelio se alza amenazador sobre el rostro de Frasio, que, sin defenderse, le mira sereno, con los brazos cruzados. Antes de caer sobre la mejilla del pastor, una mano nerviosa y juvenil sujeta rápida el puño de Aurelio. Es Pin, que, sin ser visto por ellos, ha escuchado el final de la violenta conversación.

Exclama interviniendo:

— Aurelio, ¿qué vas á hacer?

Este hace una pausa y añade:

— Nada. Deciros que el lobo aun no se ha marchado este año, y que vuestros cuidados están allá arriba, en las cumbrés.

Pin, con sorna, le contesta:

— Es que hoy el lobo parece que se ha corrido hacia el llano.



Jornada segunda





S ON cerca de las ocho, y el sol, cansado ya de regalar su fuego, húndese detrás de los montes. La bóveda celeste tiene ahora una iluminación pálida; parpadean en ella las estrellas, y la luna, romántica y espectral, derrama sobre cumbres y valles el lino cándido y sutil de su luz tenue. Chirrían los grillos y se ciernen en la atmósfera, trágicos y fatídicos, los vencejos.

El viento trae los sones del *Angelus*, que el campanario de la iglesia vecina tañe con regularidad litúrgica.

Suenan, en la dulzura del anochecer campesino, los cencerros de los animales que retornan al sosiego del establo.

Lejos, canta nostálgico un gañán:

.....

Santa María,
aunque te cases mañana,
falta en tu cara alegría.

Durante la vigilia, la casa de Demetria ha sido visitada por todos los conocimientos comarcanos. Con regalos ricos y abundantes han ofrendado á la hija, por el próximo casorio. Telva recibiólos con la humildad en ella característica, prodigando sonrisas y palabras de afecto á los vecinos dadivosos.

Los criados de la hacienda de Demetria, por orden de ésta, pusieron, antes del atardecer, frente á la hacienda, una colosal pira de árgoma. Allí espera la prenda fuego; su rojiza luz espantará las sombras durante la prenupcial danza de los mozos y mozas del valle.

Todo está dispuesto para la *lumbra-da*. Por los diferentes caminos que desenvocan en la plazoleta frontera á la casa de Telvina, va llegando la juventud de los poblados vecinos.

Bullangueros grupos de mozos, al hacer su aparición, disparan horrisonos cohetes, cuyos estampidos apagan casi el ensordecedor vocerío de los aldeanos, algunos ahitos de sidra y de vino, con que fueron obsequiados durante el día por los futuros esposos.

Frasio, rodeado de algunos pastores de su vacada, entre los que se encuentra Pin, y de varias mozas, decididas admiradoras de sus cántigas, toca en la flauta un aire inocente y poético.

Con su madre y Aurelio llega Telvina. Siguenla Quino, Rosa y Linón.

Al ver llegar á los novios, la muche-

dumbre de aldeanos acércaseles, y cada uno les dirige palabras de enhorabuena, donde hay, á veces, el acíbar de ese humorismo tan característico en los asturianos.

Pin abandona el grupo de Frasio, y después de gritar: — ¡Viva la mi ama Telva! —, desbarata la muralla de mozas y mozos que rodea la pira de árgoma, y subiéndose sobre ella la prende fuego por los cuatro costados.

Todos gritan, bárbaramente entusiasmados. Recuerda la escena una de aquellas primitivas, cuando las tribus salvajes ofrendaban á la luna por un triunfo contra las fieras crueles ó contra los enemigos que rodeaban su *clan*.

Las voces de la multitud arrecian viendo surgir, por todos los ámbitos de la plazoleta, grandes regueros de luz: son cohetes que los fámulos de Demetria disparan en loor de su joven ama Telva.

Principiase el baile; pero los mozos aun no quieren la danza: se precipitan, apoyados en sus pértigas de avellano, sobre la hoguera, y unos con destreza y otros torpemente la vadean, entre las risotadas de cuantos presencian este viril espectáculo.

Por fin, cansados de estas bizarras barbaridades, principia el baile.

Frasio súbese en la gradería de una tosca cruz que hay junto á un copudo castaño, dos veces centenario, y allí, su flauta, en compañía de los redobles del tamborilero, dirige la danza clásica de la tierra de don Pelayo.

En dos largas filas colócanse los mozos y las mozas. Con viveza y armonía, ellas y ellos dan comienzo al baile, demostrando ser infatigables, tanto un sexo como el otro.

Linón se arranca con esta copla:

No quiero hablar mal de ti,
Rosina, así lo merezcas;
tan sólo por ser posible
que no te olvide y te quiera.

Pin, para dar algún reposo á su compañero, le pide la flauta. Frasio accede, y entonces, con voz emocionada, entona:

He aprendido desde niño
á qué sabían las penas,
y desde que las probé
no puedo vivir sin ellas.

En mí el amor se inflama
y me matan los celos.
¿Quién podrá decir que ama
si en su amor no siente celos?

Irritado por tales tonadas, Aurelio, no pudiendo reprimirse, dice á su novia:

— Telva, vamos á bailar.
Toda ruborosa, Telvina se niega.

— Déjame. No tengo ganas. Estoy cansada.

Su madre interviene.

— Sí, Aurelio. Las emociones la han rendido. . .

Despechado por la negativa, el novio se muerde los labios. Siente ganas de hacer una barbaridad, y sus ojos retan á Frasio; pero al fin consigue sujetar algo sus bruscos nervios, y con voz casi tranquila murmura al oído de Telva:

— Bien. Ya que no quieres bailar, no bailaremos.

Saca del bolsillo interior de su chaqueta un ramo artificial de azahar, y continúa:

— Toma. Hace un rato que me lo han traído. El significa el mucho aprecio en que tengo tu pureza; costó bastante. En el mejor comercio de la villa se compró.

Se lo entrega. La mano de Telvina tiembla al recibirle y sus mejillas se ama-

polan. Su alma de púber siente una gran tristeza, una mortal angustia. . . Las palabras de Aurelio se le antojan hirientes puñales. . . Unas lágrimas pugnan por asomarse á las celosías de sus pestañas. . .

Cesa el baile. De la *lumbrada* sólo quedan pavesas. Los mozos y las mozas acompañan á Telva y su madre hasta la casa.

Allí, Aurelio la dice:

— Mañana temprano, mi Telva, vendré por ti. ¡Qué dichoso voy á ser!

Telva nada le contesta, y ocultando su rostro entre las manos, húndese en el zaguán.

Momentos después se dispersa la juventud toda, y por los caminos que nacen en la plazoleta reintégranse á sus hogares.

Durante algún tiempo, los faroles de los mozos brillan, en la negrura nocturna, fantásticamente, como si fueran almas de trasgos. . .

Frasio y Pin, seguidos de los demás gañanes, marchan hacia las cumbres. El primero va triste, con el alma ennegrecida por la pena.

En lo cimero de la montaña, una voz varonil bien timbrada rompe el augusto silencio y dice:

No llores. No hay que llorar
cuando se tiene fe en Dios,
que en un alma caben dos,
cuando se saben amar.



Jornada tercera





EN el camino que lleva á la meseta del monte. La luna lo baña con su luz opaca, dándole un aspecto poético. De vez en cuando, en las paratas croan los sapos. Hay además mil tenues ruidos de esos que no se explican, y que son como notas del divino pentagrama, donde el Hacedor compuso esa *suite* inmortal que conocemos con el nombre de Noche.

Á estos sonidos agréganse voces de personas: son pastores que regresan al monte; vienen de la *lumbrada* hecha en honor de Telva. Entre ellos hállanse Pin, Linón y Tano. Este último es un rabadán de la vacada que pastorea Frasio. Es célebre por lo agudo de sus decires.

Las voces de Pin y Linón son de disputa; Rosa es la causa.

Al llegar cerca de la cima, Tano, cansado de oírles cuestionar, exclama:

— Lo mejor es que dejéis el asunto para otro día.

Terco, insiste Linón:

— Pues yo quiero que esto quede ventilado esta noche.

Dice entonces Pin:

— Bueno, ¿y qué es lo que quieres, vamos á ver?

— Que dejes á Rosa.

— Pero, ¿por qué?

— Porque antes me quería á mí y no es muy justo que te la lleves.

— ¡Mira, Linón, que te pones borrico!

Y Pin se ríe con fuerza. Su risa villana retumba en la oquedad del monte.

Guasón, vuelve á intervenir Tano:

— Pues si no hay arreglo será preciso que os deis de trompadas, ¿eh?

— Eso quiero yo; para romperle los morros á ése — responde Linón.

Pin, algo molesto ya por la tozudez de su camarada y rival, dícele amenazador:

— No sea que te equivoques, que aunque peor mozo que tú, tengo muy malas pulgas.

— Ya te las espantaré yo de una *castañuelada*.

— ¿Á mí?

— A ti.

Se enzarzan los dos mozos, y Tano, más fuerte que ellos, los separa, diciendo con gesto de juez:

— ¡Puño! No es justa la cosa: Pin es menos fuerte que tú, Linón.

Linón asiente al escucharle, y propone:

— Pues yo le dejo *pegáme* primero. Respóndele Pin:

— Ya estás poniéndote serio, que ahora sabrás lo que son mis puños.

Su contrario adopta una grave postura enfrente suya, ofreciéndole la mejilla para que la abofetee.

— ¿Te gusto así?

Asevera Tano:

— Sí. Estás bien colocado.

Pin alza su brazo y amaga con él á su contrario; pero detiénese, y se echa á reir, exclamando:

— ¡No puedo, puño! ¡Me da risa!

Tano también se ríe, y murmura:

— Sí que ha puesto cara de llorón.

Linón interroga:

— ¿Cómo la ha de poner quien espera un mamporro?

Pin exclama:

— Pues da tú primero.

— Eso no puede ser.

Con noble arranque, Pin prorrumpe:

— Yo no tengo corazón para *pegáte* traicioneramente.

— Y yo tampoco.

— Entonces no hay cuestión.

Y al decir esto, Tano sonríe satisfecho.

Al oírle, salta Linón:

— No, eso no; que me ceda á Rosa.

— Gánasela tú con *palabrines*.

Pueril murmura Linón:

— Yo no sé hablar á las mozas; pero bien sé sentir por ellas.

Tano le increpa:

— ¡Cuidado que eres zoquete! El que no sabe hablar con la lengua ha de saber obrar con las manos.

— Eso hacía; pero Rosa me daba cada *tortazo* que me dejaba tieso.

— Pues si no sirves para ello anda con nosotros á la cabaña.

Y Tano vuelve á emprender la marcha, camino de donde hállase la vacada de Frasio.

— ¿Pero no nos pegamos? — pregunta Linón, siguiendo al rabadán.

Este, que ya lleva andados algunos pasos, vuélvese y le dice:

— ¡Puño! Ya lo haréis otro día . . . el día del Juicio final.

Linón y Pin, en silencio, se le incorporan.

Después de un cuarto de hora de camino, hállanse con Frasio. En el rostro de éste hay una gran tristeza.

Pin, cariñoso, le interroga:

— ¿Dónde vas tan pensativo?

— En vuestra busca.

Tano le dice:

— Pues aquí nos tienes.

— Vamos á mi cabaña, que allí esperan los compañeros para terminar de aprender la canción.

— Y que es muy bonita.

Con noble sencillez dice el cantor:

— En ella puse toda mi alma.

Tano, Frasio y Pin cogen por un atajo. Tras ellos, zagüero y malhumorado, marcha Linón.

Queda el camino sinuoso, que lleva á la cima, en silencio. Así pasa algún tiempo, no mucho. De pronto surge una mujer. Es Telva.

Va vestida con el traje de boda y lleva sobre el pecho las simbólicas flores de azahar, que le diera antes su novio.

Al llegar al atajo por donde desaparecieron los pastores, se detiene recelosa. Murmura:

— ¡Nadie me ha visto! . . . Llegaré hasta la ermita de las cumbres. Allí pediré valor á la Virgen para llegar hasta el altar de mis desposorios. ¡Diré el último adiós de soltera á mis buenos pastores! Después. . . á cumplir con la obediencia

que debo á mi madre. . . ¡Virgen mía!

Brotan de sus ojos lágrimas amargas, que riegan las artificiales flores que decoran su busto de doncella.

Oye en esto, lejos, el tañido de una flauta, y, entonces, sin preocuparse de las malezas ni de los riscos, se adentra por el atajo, presurosa, desalentada. . .

Jornada cuarta





EN lo más alto del monte, sobre la cumbre. Son las tres de la madrugada, y los pastores, alrededor de una fogata, junto á la choza de Frasio, ensayan el canto compuesto por éste en honor de Telva. Caen sobre sus cabezas, nimbándolas, los rayos lunares.

La cabaña de Frasio hállase al abrigo de una frondosa encina, cuyo gigantesco y retorcido tronco tiene la fiereza de una maldición profética.

Cerca de la que sirve de morada á Frasio, agrúpanse las demás chozas. Todas tienen idéntico aspecto; es decir, son agrestemente poéticas. Al final de la meseta, varios robles y hayas completan tan hermoso cuadro.

En todas las cabañas hay débiles luces, y sus habitantes, sin preocuparse de lo avanzado de la hora ni de que la fatiga muerde sus cuerpos, hállanse con Frasio aprendiendo los versos del rústico vate.

Aunque desean complacerle, la mayoría de los gañanes equivocócanse al recitar las estrofas del apasionado cántico.

Por esto, Frasio suspende el recitado de sus discípulos, diciéndoles:

— No es así. Vamos á empezar:

Es Telvina la pastora
más gallarda y más gentil;
rayo es de luz que colora
entre las flores de Abril.
Es el sol de estas montañas
rodeado de arrebol;
es la luz de las cabañas;
es nuestra luz, nuestro sol.

Los pastores, conmovidos por la infinita belleza de la composición, embriaga-

dos por el decir puro de Frasio, le aplauden. Después, obedeciendo á una señal de éste, repiten los versos; esta vez con acierto.

Complacido por ello Frasio, sonriendo, asegura:

— Ahora ya está mejor.

Hace una pausa, y continúa:

Es su rostro cristalino
cual es el arroyo helado;
es como el mármol labrado;
sencilla cual flor de lino.
Huelen á ámbar estimado
sus labios de carmín fino.
Oro que de Oriente vino,
por el cielo regalado,
son sus hermosos cabellos.
Su cuerpo es de ninfa bella
como no hay figura humana;
y son tales sus destellos,
que nada fueran sin ella
mármol, ámbar, oro y grana.

Todos vuelven á decir estas últimas estrofas. A su término, Pin, entusiasmado, arroja al aire su picuda montera y grita á sus cofrades:

— Proclamemos á Frasio como el cantor más notable de estas cumbres.

El eco hace retumbar por las quebradas los vítores de todos los gañanes.

El alma de Frasio palpita entusiasmada; su orgullo de poeta se revela, y con voz trémula por la emoción exprésales su agradecimiento.

Del grupo de pastores sale una voz que exclama convencida:

— ¡Hermosa es la cántiga! Raro sería hallarle una igual.

Tano asiente:

— Como jamás la escuchó moza alguna.

— Digna sólo de nuestra hermosa Telvina — asegura Pin.

Linón, siempre estólido, aconseja:

— Bueno, ahora á dormir. . .

Pin no le deja continuar:

— Hoy no es noche de hacerlo. Vamos á recoger violetas para tejer la guirnalda, que regalaremos luego á Telvina.

Al oirlo, brinca de gozo Tano.

— Sí, vamos todos — dice, y dando ejemplo, parte seguido de Pin.

Los demás pastores le imitan, mostrando alborozo; sólo Linón refunfuña:

— ¡Puño! Este Pin ni dormir deja.

Piensa un momento en acostarse, mas temiendo ser criticado por los compañeros, síguelos al fin. Úndese con ellos por áspera quebrada, próspera en silvestres violetas.

Frasio, desde la puerta de su cabaña, ve partir á los compañeros. A la anterior alegría, que iluminaba su rostro, sucédele una densa tristeza. Piensa en Telva. Ella es para él lo que una milagrosa imagen para los devotos fervientes, algo así como la razón de existir. Por eso, al suponer su pérdida, el pobre corazón de Frasio pal-

pitaba funámbulo. Llorando casi, refúgiase en la tosca cabaña que le sirve de abrigo.

Queda un momento solitaria la explanada, que semeja, al ser iluminada por la luna, un mar de plata, tranquilo y bello. Por el camino que lleva á la choza de Frasio adelanta una sombra menuda y grácil. Es una mujer, Telva.

— ¡Qué triste está la montaña! — dice —. Hasta mí llegan los aromas de estos valles, que son mi felicidad. Cuanto más se aproxima la hora de mi situación futura, se agolpan las lágrimas á mis ojos. . .

Párase ante la cabaña, y al ver abierta su puerta se interroga:

— ¿Estará dentro Frasio?

Óyense en el interior fuertes pisadas, las cuales se acercan más cada vez.

— Parece que está.

Frasio sale del chozo, y al ver á Telvina exclama, inefablemente sorprendido:

— ¡Tú aquí, Telva! . . .

— Vengo á recordar los días felices que pasé entre vosotros.

— ¿Es posible? ¡Si dentro de unas horas te espera el hombre que va á hacerte feliz!

— Yo no presiento la felicidad con Aurelio. En cambio sé que era feliz con vosotros.

Frasio contéstale:

— Es que éste es el mundo que vive en tu espíritu.

Con inocencia paradisiaca, Telvina interrógale:

— Y el tuyo, ¿dónde está?

Él responde:

— En tu mismo deseo.

Admírase Telva:

— ¡En el mío!

— ¡Sí! ¿No es sagrado para nosotros

este sitio? ¿No es verdad que vas al sacrificio con Aurelio?

Ella humilla su cabeza sobre el pecho; y, convencida, murmura:

— Es cierto.

Dichoso por esta confesión, el pastor, al oído de Telva, desliza estas frases, ardorosas y sentidas:

— Pues escucha de mis labios algo que no sabes. Ese hombre sólo siente por ti un deseo material. El de poseerte, y á serle posible luego, el de olvidarte. Pero yo deseo tu felicidad; porque. . . , Telvina, ¿tú no sabes cómo yo te quiero? . . .

Telvina pregunta:

— ¿Me quieres como Aurelio?

Frasio, entonces, ábrele por entero su pecho:

— Te quiero como Aurelio; pero aun más te quiero como quien soy: como Frasio.

— Al oírte, no sé qué clase de deseos me animan.

— Los mismos que animan mi espíritu.

— Yo no puedo comprender tantas clases de amores. Sin embargo, los tuyos vislumbran en mí un ideal.

— Sí, Telvina; un ideal que despierta en ti misma una afirmación suprema.

— ¿Tú la sabes bien? Para mí es desconocida.

— Para conocer las cosas es necesario ante todo poseerlas.

— Según quien nos otorgue esa posesión.

Con ardor, insólito en él, dice Frasio:

— ¿Y si fuera yo el llamado á otorgarla? ¿Tú sabes por ventura lo que es la vida?

Ella contesta:

— Lo que anima mi sér.

Á tal confesión, añade Frasio:

— Y el que animó á tu madre cuando tú viniste al mundo.

Admírase la pucela:

— ¿Qué dices?

Decidido, hecho un hombre ya, Frasio la responde:

— Que además de esos amores nuestros, que sólo nosotros vemos y entendemos, hay otros amores que vienen animados del deseo. Son los amores de la Creación.

El corazón de Telvina palpita al oírle.

— Tú, que me enseñaste á amar, ¿cómo has podido ocultarme esa otra clase de amores?

Y después de decir esto, la niña quédase cabizbaja.

Grave, con la gravedad del que dice lo que siente, Frasio responde á la difícil pregunta que ella se ha atrevido á formularle:

— Cosas son que se ocultan á la mujer en su edad infantil; cosas son que se le dicen cuando la mujer es mujer.

Tiene Telva un gesto audaz.

— Pues si me amas, dímelo todo. Que caiga la venda de mis ojos.

Frasio contéplala con veneración; acércase á ella, y junto á su oído la endecha:

— Me dolía despertarte de un sueño tan feliz. ¡Es tan hermoso soñar, que volver á la realidad los ojos es casi una pesadumbre!

Arrobada, feliz, balbucea Telvina:

— Tus palabras inundan mi alma de gozo. ¡Qué bueno eres!

Frasio se le acerca, y, sagaz, dícela:

— Sí; muy bueno para ti. Yo te diré lo que es la vida antes que Aurelio. ¿Quieres?

Con una feliz llama de amor en sus bellos ojos, Telvina, apoyándose en el brazo de Frasio, declara:

— ¡Oh, sí! Dime lo que es la vida. Dímelo en tu eterna poesía. ¿Será un canto de amor?

Estrechándole la diestra con tierna vehemencia, el cantor de las más bellas tonadas del valle, acariciando con el fuego de su mirada á la inocente doncella, expónele el fondo de su amoroso pensamiento:

— Sí — dice —. Es el amor, que hase erigido en árbitro de nuestro deseo; es el amor, que escrito se halla en nuestros labios; es el amor, que aletea en el aire que ambos respiramos. . .

Interrúmpese, y añade:

— Es el rumor de lo que tú y yo sólo podemos oír. Es el beso silencioso de las flores. . . Nadie lo ve, nadie lo entiende; pero ellas tienen sus amores.

Suave, taimadamente, Frasio la arrastra hacia el interior de su cabaña.

Ella, sin conciencia casi, se deja conducir. Hay en sus ojos un mágico plenilunio y en sus labios un ansia de besos.

Él sigue diciéndola:

— Ven conmigo. . . ; ven.

Ella responde, entre espasmos de deseo:

— Sí, Frasio. . .

Penetran en la choza.

Suenan en las quebradas las voces pastoriles.

Queda otra vez sola la meseta cimera de la montaña.

Por donde antes se fueron, aparecen los pastores. Llevan grandes brazadas de frescas violetas selváticas.

Suena fresca y alegre la voz de Pin:

— Aquí tengo la armazón de helecho, trabajado por mis propias manos. ¿Está guapa? ¿Sí? Pues á festonearla con las violetas. Y vivo, que el alba se acerca.

— Verdad es — dice Tano.

Los gañanes igualan los cabos de las hermosas y humildes flores campe-

sinas, y se disponen á engarzarlas en el helecho.

Pin canta:

Sobre el verdoso helecho
la violeta siempre entona;
y, orgullosa, la corona
de virgen cubrirá el lecho.

Habilidosamente todos colocan las violetas en la urdimbre de la guirnalda, mientras entonan esta cántiga:

Qué dulce es el tejer
para una hermosa flores;
su aroma exhala amores.
¡Qué grato es el deber
que hoy cumplen los pastores!

Coloca Pin en la armadura, ya totalmente florecida, la última violeta y dice:

Las violetas olorosas
pujan todas por cubrir
la corona, envidiosas
de su belleza lucir.

Todos rodean al muchacho, celebrando el término de la tarea.

En el interior de la choza de Frasio, éste, con voz vibrante, lanza al viento un cantar, que es como clarinada de triunfo:

No hay dicha sentida
que pueda morir;
y dicha es la vida
que empieza á vivir.

Salen de la cabaña Telva y Frasio, abrazados.

En sus pupilas hay un dulce langor, y

sus movimientos tienen cierta inconsciente torpeza.

Los pastores saludan á los dos, con grandes y alegres voces, donde se pinta su extrañeza:

¡Frasio! ¡Telvina!
Enlazados están:
él viene contento;
alegre ella está.
¿Qué será?, ¿qué será?
¿Cómo por el monte
solos andarán?

Frasio, dejando el brazo de Telvina, cógela por una mano y la presenta á sus compañeros:

Aquí tenéis, pastores,
la reina entre las flores.

Los pastores la saludan con amor, y Pin entrégale la corona de violetas por ellos urdida.

Telva besa el presente, y con sonrisa inefable atestigua su agradecimiento:

Estas flores, que son puras,
hoy mi pecho adornarán.

Unánimes le contestan todos:

Que feliz mil años seas.

Frasio asegura:

¡Feliz es ya! . . .

Estúpido, como siempre, Linón interviene para decir á su ama:

— Cerca está ya la hora de tu casorio: Aurelio debe hallarse esperándote.

Siente la pobre doncella apuñalado el corazón, y con voz adolorida exclama:

Llora en silencio; llora, amor mío,
de esta noche los ensueños fieles.
Y dame, al templar mi corazón frío,
calor con el aroma de tus mieles.

Con la incertidumbre de una sonám-
bula dirígete hacia el camino que á su co-
rralada conduce.

Iníciase el alba.

Jornada quinta





ALTANERO, un gallo saluda al nuevo día; parece saludar también el regreso de Telva.

Esta, con mano trémula, abre la portillera é inténase en su corralada, solitaria aún.

Lejos, se oyen voces varoniles; son los gañanes de la vacada que pastorea Frasio.

En el alma de Telva hay un fiero batallar. Con crueldad inexorable, la indecisión muérdela; por un lado, su recta conciencia le induce á obedecer los maternales consejos: casarse con Aurelio; y por otro, siente que la cera de su corazón derrítese al calor del tierno cariño de Frasio.

Quédase perpleja, cerca del hórreo, mirando al suelo con obstinación.

— Frasio — murmura — quiéreme; su amor hoy se me ha revelado. Junto á él creo que seré dichosa; mucho. En cambio, con Aurelio tengo la certeza de que mi vida no tendría jamás un momento feliz.

Detiene su soliloquio, y al cabo de un breve rato prosigue con amargura:

— Pero el deber nuestro es la más estricta observancia del Decálogo, y éste, en su segundo precepto, nos ordena amar y respetar á los padres; y como la mi madre hame ordenado casarme con Aurelio, yo tengo que obedecerla, aunque para ello quede destrozado mi corazón.

Sí; este es mi deber.

De pronto su mirada fíjase en el desgajado y marchito ramo de azahar que florece en su pecho.

Un ¡ah!, donde hay tanto terror como alegría, le sale de su boca, roja y fresca.

— . . . ¡No puedo casarme! ¡No seré suya! . . .

El arcano profundo y enigmático de la vida se le revela, asustándola; sin embargo, en el ritmo de su corazón hay alegría; presente la víscera motriz de las pasiones, que así hállase más próxima á su cariño.

Tiembla en su mirada la alegría de lo presentido.

Su diestra, segura, rápida, arranca entonces el roto y ya sucio ramo de azahar — de aquel azahar que su prometido, la noche anterior le regalara.

Tíralo al suelo, digna, y en su lugar préndese la pequeña guirnalda que los pastores le ofrendaron.

— Bien estáis aquí, con vuestro frescor y vuestra humildad — les dice —. A la vera de Frasio crecisteis; por eso á mí, que he sido suya, debéis adornarme.

Luego se dirige al humillado azahar:

— Que Aurelio os recoja. Yo no os merezco. . . ni os quiero tampoco. . .
Entra en la casa.

El campanil de la iglesia disuelve, en la fragancia matinal, los alegres tañidos de su esquilón.

Aurelio entra en la corralada, cantando satisfecho:

Por mi dicha, la campana
lanza su vibrante son,
que la mañana engalana
y alegra mi corazón.

Hoy Telvina será mía;
su perfume me dará,
y entre llantos, la alegría
en mi pecho triunfará.

Sencilla y casta pastora,
sal con tu ramo de azahar,
que quiero enseñarte á amar
como ama el sol á la aurora.

Al llegar al centro de la corralada, fíjase en el marchito ramo de azahar, que tiró antes Telvina.

Indignado, prorrumpe:

— ¡Qué es esto! ¡El ramo que ayer regalé á Telva arrojado aquí!

Coge del suelo su despreciado presente, murmurando con rabia:

— ¡Ah, qué revelación!

Y estruja entre sus manos el ramo de azahar.

Encolerizado, llama fuertemente á la puerta de Telva.

En el zaguán de la casa aparece Demetria, seguida de Rosa y Quino.

Demetria, al verlo, llégase hasta él, saludándole:

— En buena hora te traiga el cielo, Aurelio.

El mozo, sin levantar los ojos, dice:

— Sí; la hora de los desengaños.

Con extrañeza, Demetria pregunta:

— ¿Quién te los da?

Responde él:

— Estas flores. . .

Telva sale de la casa; al verla, Aurelio llámala:

— Ven, Telvina.

Con aire digno acude la joven; Aurelio cógela por un brazo, y con sorda y reconcentrada ira la interroga:

— ¿Qué significa esto, dí?

Ella no contesta.

— ¿Por qué no hablas?

Telvina alza los ojos hasta su madre, ruborizada, y llora en silencio.

Por la portillera viene un cortejo de mozas y mozos, entre los cuales hállanse Frasio, Pin, Tano y Linón.

Aurelio zamarrea con fuerza á Telvi-

na é inquiera de nuevo el motivo del infausto cambio:

— ¿Quién se interpuso en mi camino? ¿No contestas? ¡Ah! ¡Ingrata!

Agotada esta vez su paciencia, Aurelio tiralá al suelo.

Frasio sale del grupo, y levantando á Telva murmura cariñoso:

— Levántate y deja á quien sólo odio por su brutal instinto podía darte. Ven, que sabia la Naturaleza, te hizo conocer á tiempo el verdadero amor. ¡Insensato el que pretenda oponerse á lo que Dios nos tiene dictado!

Aurelio, por un momento, piensa saltar sobre su rival victorioso; pero se contiene.

— Frasio, ya sé que la culpa es tuya. Digna contesta Telvina:

— El amor no tiene culpas. Su pureza no las admite. De mis ojos cayó la venda que los cubría y me hizo ver la realidad de mi pasión.

— También verás la de mi venganza — exclama Aurelio con lumbre satánica en sus pupilas.

Al escuchar tal amenaza, Frasio se yergue altivo y dice:

— ¡Tu venganza! ¡Mira si puedes llevarla á las cumbres!

Coge á Telva por la cintura y la arrastra hacia la portillera.

Demetria corre hacia ellos, clamando:

— ¡Pero mi hija! ¿Dónde vas?

Ella le responde:

— Arriba, donde todo es vida. No temas, mi madre, que no te faltará mi cariño.

Del brazo los dos, Frasio y Telvina, suben el caminito que comunica con la cumbre, mientras, jovial y parlanchina, la campana de la vecina iglesia prosigue tocando.

Linón, entre el grupo, murmura al oído de Quino reflexivamente:

— ¡Otra *cosadiella!* . . .

El viejo, al oírle, exclama:

— Pero ésta . . . tiene solución.

En lo alto del camino, un gañán canta sentencioso:

.....

Santa María,
el mozo queda enfadado:
mal le fué en la romería . . .

FIN



Se ruega a los señores socios den cuenta al Bibliotecario de cualquier falta o deterioro que adviertan en las obras, para proceder a su renovación urgente



Índice



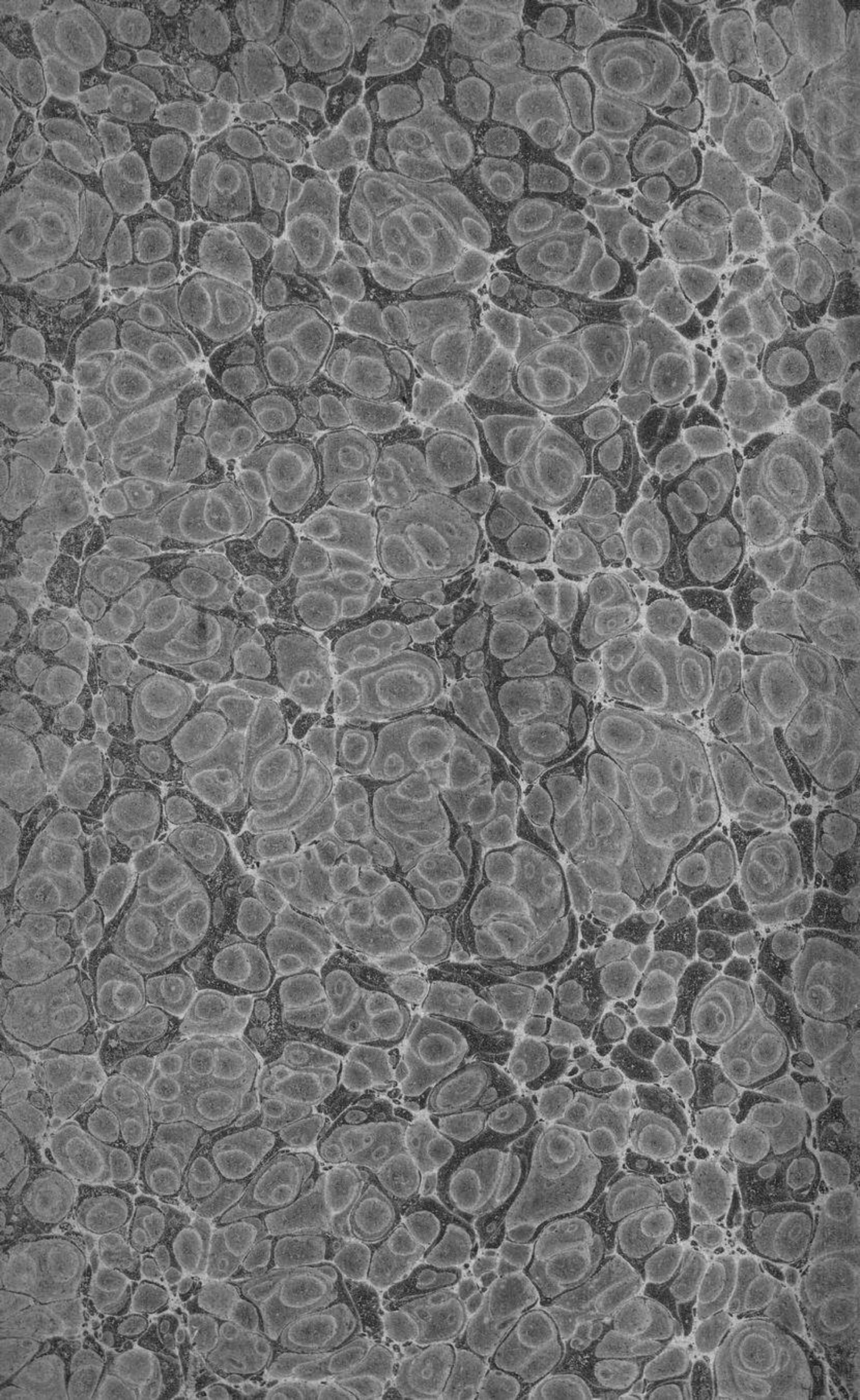


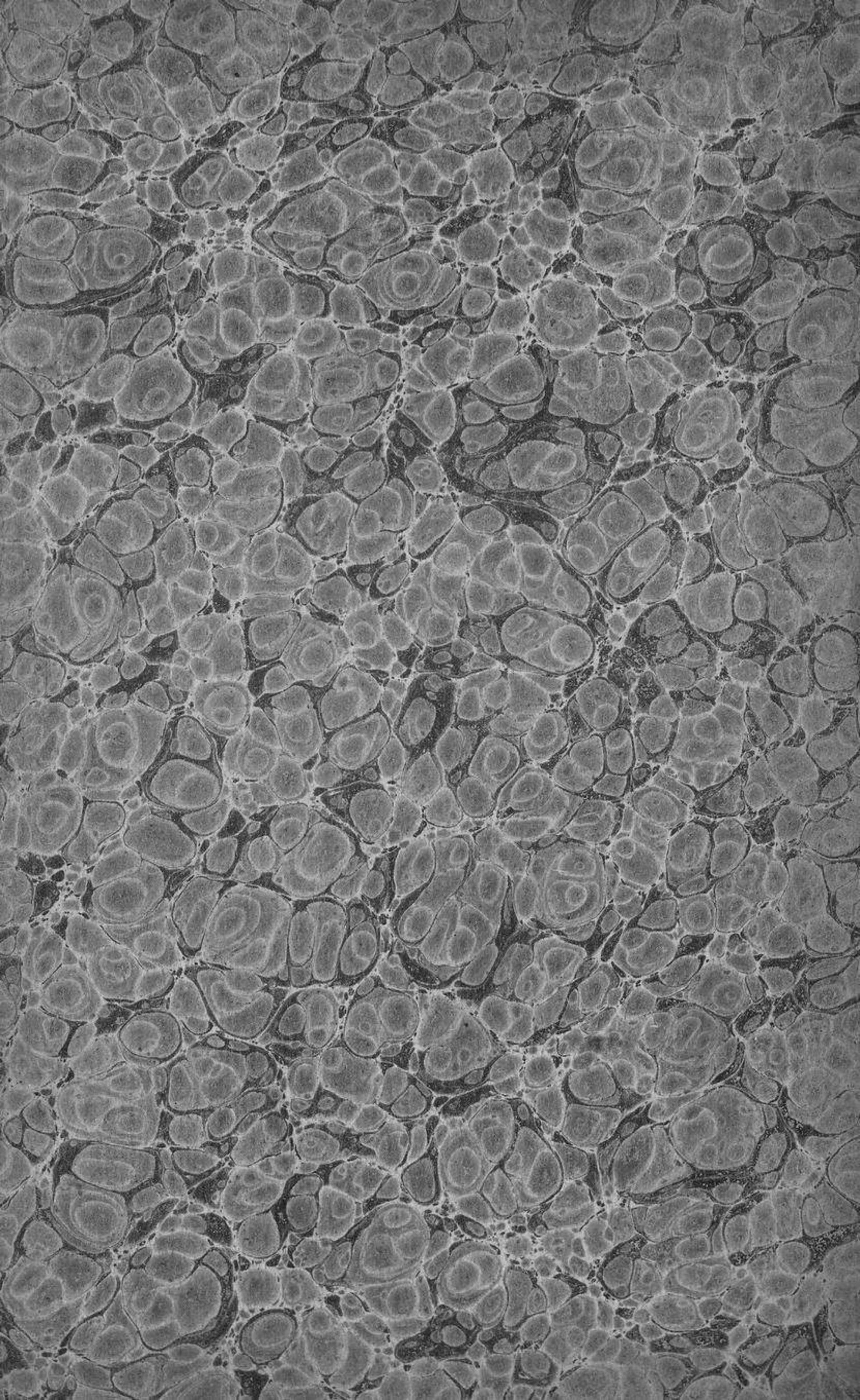
	<u>Págs.</u>
Anteportada	3
Obras del autor	4
Retrato del mismo	
Portada	5
Propiedad	6
OFRENDA	7
CARTA - PRÓLOGO	II
PALABRAS PRELIMINARES	17
Página inicial	25
Jornada primera.	29
Idem segunda.	67
Idem tercera	79
Idem cuarta.	89
Idem quinta	109
Índice	121
Colofón	125

Se imprimió
El Cantor de las Cumbres
en la
Imprenta Artística
de
José Blass y Cía.
de
Madrid











VALDES

EL CANTOR
DE LAS
CUMBRES

F

RES

GI

92